

Esperanza Jorge Barbuzano
María Aguirre Fernández-Lascoiti
Carmen Frontera Quiroga
Clara Isabel Aránega Pérez
Carmen de la Rosa Moro

VII Certamen
de
Relatos Breves
“MUJERES”

2 0 0 6

Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

VII Certamen de Relatos Breves
«MUJERES»

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife
Consejo Municipal de la Mujer

Alcalde Presidente

Miguel Zerolo Aguilar

Vicepresidenta del Consejo Municipal de la Mujer

Ángela Mena Muñoz

© *de esta edición 2007*

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© *de los textos*

Las Autoras

Maquetación e Impresión

Canarias Municipal. Imprenta Sans

Depósito Legal

TF. – 215-2008

ESPERANZA JORGE BARBUZANO
MARÍA AGUIRRE FERNÁNDEZ-LASCOITI
CARMEN FRONTERA QUIROGA
CLARA ISABEL ARÁNEGA PÉREZ
CARMEN DE LA ROSA MORO

VII Certamen de Relatos Breves
« M U J E R E S »

Santa Cruz de Tenerife. 2007

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	9
M ^a de los Ángeles Mena Muñoz	
<i>Los Hombros de las Mujeres serán de hueso</i>	11
Esperanza Jorge Barbuzano	
<i>Aplausos</i>	21
María Aguirre Fernández-Lascoiti	
<i>Páginas de contacto</i>	27
Carmen Frontera Quiroga	
<i>La Transferencia</i>	35
Clara Isabel Aránega Pèrez	
<i>Cuestión de Presupuesto</i>	49
Carmen de la Rosa Moro	
<i>Acta del fallo del jurado</i>	61

*L*a presencia de la mujer en lugares relevantes del mundo literario y el reconocimiento de éstas como escritoras, sigue siendo hoy en día una asignatura pendiente en el recorrido hacia una sociedad más igualitaria.

Este Certamen es una acción más encaminada a derribar los obstáculos que impiden a las mujeres tener realmente iguales oportunidades que los hombres, eliminando cualquier tipo de discriminación y erradicando de nuestra sociedad prejuicios, estereotipos y diferencias de trato totalmente carentes de fundamento.

A lo largo de toda nuestra historia, han sido y siguen siendo muchas las barreras culturales, sociales, políticas... que han impedido que las mujeres pudieran acercarse en los mismos niveles que los hombres a las manifestaciones culturales y artísticas; teniendo como resultado esta situación el impedimento para desarrollar el potencial creativo de las mujeres.

La lucha de las mujeres por la consecución de sus derechos no ha sido un camino fácil, especialmente en todo lo referente a su participación como ciudadanas. Conseguir una mayor seguridad y autonomía personal, y ampliar horizon-

tes culturales y creativos de las mujeres son objetivos que debemos perseguir, utilizando para ello la esfera cultural como herramienta de cambio.

En mi andadura como responsable de las políticas municipales de igualdad, quiero aprovechar estos espacios para seguir promoviendo y dando a conocer la creación artística de las mujeres y el reconocimiento de sus aportaciones a la cultura y con ello ir alcanzando mayores cuotas de igualdad en nuestra sociedad

ÁNGELA MENA MUÑOZ
Vicepresidenta del Consejo
Municipal de la Mujer

ESPERANZA JORGE BARBUZANO

**LOS HOMBROS
DE LAS MUJERES
SERÁN DE HUESO**

Primer Premio

Esperanza Jorge Barbuzano, nació en Santa Cruz de Tenerife en el año 1972. Aunque estudió arquitectura técnica en la Universidad de La Laguna, su inquietud por dotarse de las herramientas necesarias para comenzar la andadura literaria, la hacen participar durante cuatro años del taller literario impartido por el escritor y periodista peruano Jorge Benavides. La Asociación Cultural Entrelíneas de Canarias edita en el 2000 el libro *Entre humos y cuentos*, en el que Esperanza (junto con otras personas integrantes del taller literario) publica por primera vez un conjunto de relatos breves.

Se integra en 1998 en las Colaboraciones Literarias de la galería de arte Magda Lázaro con Amelia Pisaca y Toño Cámara. Con éste último artista prolonga el trabajo conjunto aportando textos para la exposición *El dibujo en la Pintura*.

En Octubre de 1999 comienza a escribir la columna de sociedad «La Mirada» en el periódico tinerfeño *La Opinión*, continuándose esta colaboración hasta el 2003. Un año antes, su relato *Besos Libres* formará parte del libro *Habitáculos*.

En noviembre de 2002 recibe el primer premio de poesía del II Certamen de Poesía y Relatos breves de la Universidad de Burgos, con la obra *La Exclusión*.

En diciembre de 2006 vio la luz el libro *Hilvanés* en donde participó con el relato *Jardines en la cabeza*.

Mi abuela dice que existen dos clases de mujeres, las que tienen los hombros de plomo y las que se arrancaron los hombros. Dice que mi madre es de las que se arrancó los hombros y que por eso yo tengo que vivir aquí con ella. Porque mi madre se fue de viaje, pero no de vacaciones, sino de viaje para estar lejos. Eso quiere decir que no podía estar más tiempo en la casa donde vivíamos. A mi me gusta muchísimo más esta casa que tiene pájaros y un perro, aunque esté tan pegada al cementerio. Mi abuela dice que no hay que tenerle miedo a los cementerios, que los que están enterrados están tan dormidos que aunque quisieran no podrían hacer daño a nadie y que, además, son los vivos los que se inventan mentiras sobre los muertos para dejarlos a mal sin que se puedan defender. ¿Te dan miedo los cementerios? Claro, también la abuela dice que el miedo a los muertos son niñerías y que yo ya voy pa ocho y que ya está bueno, pero me da miedo y no puedo evitarlo. Además, yo le digo que ella tiene miedo a los vivos y que a esos yo no les tengo y ella dice que eso es también por niñería, que cuando crezca, como no me empieza ya a sacudir el plomo de los hombros, sabré las maldades de los vivos. Y dice que de todas formas no todos los vivos

son malos, que la mayoría son buenos, pero que los malos en cuanto ven una espalda de mujer encorvada por el peso de los hombros van a por ella y la hacen desgraciada. Y si eres desgraciada lo que pasa es que te tienes que ir de viaje, pero no de vacaciones.

Creo que lo que mi abuela quiere decir con lo de los hombros de plomo es que algunas mujeres tienen que cargar con mucho peso todos los días, y que no se lo pueden quitar aunque estén cansadas. Y no sólo cargan el peso que a ellas les ha tocado, sino también el que acumularon todas las mujeres que vivieron antes. Es por eso por lo que algunas mujeres caminan encogidas. Mi madre antes también era así, bueno, eso ya lo sabes. Yo no me acuerdo mucho, pero ella me lo dijo y también la abuela. Mi abuela le decía a mi madre que si vendiera el plomo que llevaba dentro podríamos hacer una palangana del tamaño de una piscina y a mi eso me hacía mucha gracia, porque mi madre es pequeña y las piscinas son grandes, y cuando le dije esto a la abuela ella me dijo que el plomo estira y que andara a pedirle el plomo a mi madre para hacernos la palangana, que aprieta el calor y me empujaba y mi madre no la escuchaba y yo me reía porque casi podía ver una gran palangana llenita de agua fría con mis primos nadando, porque mis primos son mayores y ellos ya nadan y me van a enseñar.

Creo que sé cuando mamá se arrancó los hombros porque una mañana, cuando yo aún dormía, oí un golpe muy fuerte en su cuarto, como si fuera plomo contra el suelo y luego fue cuando la abuela me dijo lo del viaje de mamá y lo tuyo y nos vinimos las dos a vivir aquí, en esta casa bonita que tiene las ventanas abiertas y a veces hasta

sin cortinas dejando que entre todo. Porque mamá, en la otra casa, siempre estaba cerrando ventanas y decía que lo único que entra por ellas son los ojos de los vecinos que todo lo quieren saber. Y que los trapos sucios se lavan en casa y eso siempre era así y no sé qué tenía que ver el que abriéramos las ventanas con los trapos, porque nunca vi ninguno soltarse del tendedero y salir volando por la ventana, pero yo obedecía y cerraba.

Dice mi abuela que mi madre pintaba muy bien y que eso te endemoniaba y que le llegaste a romper todos los cuadros y que por eso yo no he visto ninguno. Pero dice que lo más que te molestaba de mamá era que se riera y eso no puede ser porque nosotros tres nos hemos reído alguna vez juntos y no te enfadaste entonces. ¿Te acuerdas cuando hizo el bizcochón hueco? Pues ese día, cuando yo lo pinché para partirlo y vimos que estaba hueco porque no se había hecho bien, ella se quedó quieta y te miró, pero luego tú te reíste y ella y yo también, y reímos mucho tiempo.

A mamá le gustaba meterme debajo de las sábanas con ella y me decía que en las cuevas se puede hacer todo lo que una quiera porque nadie nos ve y que podíamos reírnos y ser felices y que siempre que ella necesitaba ser feliz se metía en la cueva, así nadie la miraba. Cuando terminaba de bañarme, me ponía una toalla por encima y me llevaba en brazos y me metía entre las sábana. Luego ella se descalzaba y se metía también, tápanos, tápanos, que se nos escapan los olores del jabón, y ahí escondidas hablábamos y también a veces mi madre lloraba, pero ella decía que no me preocupara, que las lágrimas de la cueva siempre eran de las de felicidad. ¿Nunca nos

encontraste en las sábanas, verdad? Porque en cuanto oíamos la puerta nos levantábamos rápido y ella salía a saludarte y yo me ponía el pijama, y luego tú venías al cuarto a darme las buenas noches.

Un día me levanté para buscarte porque no venías a la cama y te oí gritarle a mamá y ella empezó a llorar, y no con lágrimas de las de felicidad, sino con las otras, con las que le enrojecían la cara y le hacían ponerse fea. Me fui acercando despacio porque quería abrazarla, como lo hacía siempre que le gritabas, pero entonces les vi en el sillón. Tú estabas sobre ella. Mi madre cuando me vio me pidió que me fuera a la cueva, pero yo no le hice caso porque la veía llorar y me acerqué más y tú no parabas de chillar y le agarrabas las manos y ella decía que me fuera a la cueva y que atrapara los olores del jabón y que por favor, por favor, todo está bien. Llegué hasta ella y le rocé el pie y cuando te giraste y me viste corrí hasta la cama y me metí en las sábanas, pero no pude ser feliz porque algo me agarraba por dentro, como cuando vemos películas tristes. Al rato mi madre se metió conmigo en la cueva y nos quedamos dormidas abrazadas y por la mañana yo ya podía ser feliz y ella también. A la tarde fuimos a ver a la tía Marta que no sé si sabes que tiene dos gallinas, Paca y Lola. Ella me dejó recoger los huevos y me dijo que me tenía que sentar en el cubo de plástico para vigilar a las gallinas porque si no les quitas los huevos en cuanto los pones, van y se los comen y que entonces no tenemos como para llenar ni siquiera un cartón de los pequeños. Marta le va a pedir a un amigo suyo un gallo para que las gallinas calienten los huevos y salgan pollitos, porque sin gallo los calientan pero no salen pollitos.

Cuando supe que mi madre se había ido de viaje, me pareció bueno porque a ella le gustaban muchas cosas que no estaban cerca de la casa y que para ir donde estaban había que viajar. Le gustaban las montañas y el sol pero no muy fuerte y los trenes y los ríos también y más cosas que ahora no me acuerdo. Le pregunté a la abuela que a dónde había ido y que cuándo volvería y la abuela no me contestó, pero eso fue mejor porque así yo me imaginé lo que quise y veía a mamá ordeñando vacas o sentada en un muro de piedra con una cometa que probaba para luego regalármela. Pero pasó mucho tiempo y mamá no volvía y aunque yo estaba muy bien aquí con la abuela, en la nueva casa, quería verla. Sí, es verdad que me puse a llorar, pero es normal, porque me había despertado de un sueño sobre un baile en un jardín muy verde lleno de árboles y flores, pero no había nadie sino tú. Se oía una música bonita, yo lo miraba todo desde una ventana. De repente llegó mamá al baile, pero no tenía hombros así que las manos estaban como desmayadas sobre la falda y le gritaste que así no podían bailar, que se pusiera los hombros, y ella decía que no quería bailar y la empujaste y ahí me desperté. Mi abuela dice que la mujer que tiene plomo en los hombros es porque la ha abrazado algún hombre de los que tienen las manos empapadas en plomo. Y que esos hombres cuando golpean, golpean fuerte, pero que cuando abrazan, golpean aún más fuerte, y eso no lo entiendo porque pegar siempre es peor que abrazar ¿no?

Ya se me pasó el miedo por el viaje de mamá porque ayer me llamó, sí de verdad, y me repitió muchas veces que me quería y luego se puso al teléfono mi abue-

la y cuando colgó me dijo que ahora éramos nosotras las que nos íbamos de viaje para reunirnos con mi madre. Por eso te llamé, para que vinieras y así despedirme. Pienso que no le hiciste todo lo que la abuela cree que le hiciste a mamá, pero sí es verdad que tienes las manos llenas de plomo porque cuando me pegaste la bofetada aquel día que sonó el golpe contra el suelo me dolió mucho y me sangró la nariz y el labio, y luego me seguiste dando golpes hasta que la tía Marta te agarró. Pero yo no te odié, y cuando la tía te echó de la habitación, yo le dije que tú estabas enfermo del plomo y que la abuela lo sabía y que me lo había dicho. Era la primera vez que me pegabas y entonces lloré muchísimo, pero no por el dolor sino porque pensé cuánto le habría dolido a mi madre las veces que le habías pegado.

Ahora mi abuela y yo vamos a ir a buscar a mamá. Quiere que le compremos algún regalo primero, y yo pienso que lo que le puede hacer gracia es una rana en un bote bonito con piedras en el fondo y un tronco para que se suba y agua también. Pero a la abuela le dan pena los bichos encerrados y no sé por qué ella piensa que la rana es un bicho. Y además no estaría encerrada sino unas horas hasta que se la diéramos a mamá, porque seguro que ella la pondrá en otro sitio más grande y con hierba cerca. Acabaremos comprando un libro que es lo que mi abuela quiere, y me pedirá que le dibuje algo pero yo no voy a dibujar otra cosa que no sea una rana.

La abuela dice que bien fuerte se tienen que sacudir los hombres que tienen plomo en las manos para que se les caiga tanto peso y sean personas normales. Y que cuando se sacuden los trozos que se sueltan salen volan-

do y pueden golpear a los que estamos cerca, y que por eso es mejor que lo hagan solos. Dice que tú no sabes sacarte el plomo aunque quieras. Si alguna vez te quitas el plomo, de todas formas no vengas a vernos, dímelo en una carta y yo le preguntaré a mi madre si quiere que vengas a contárnoslo, porque a lo mejor ella prefiere que sólo se lo digas así, sin venir con nosotras.

Mi madre me dijo que la abuela se confundía cuando decía que hay dos clases de mujeres, porque en realidad hay tres y que las que le faltaban son aquellas que sí tienen hombros, pero que no son de plomo, sino de hueso como el resto del cuerpo, que así no pesan. Dijo que ella me iba a enseñar a ser una mujer de hombros de hueso para que no me tenga que arrancar nada y a mí eso me gustó, porque yo no quiero tener la espalda curvada por el plomo, pero tampoco quiero dejar de bailar por no tener hombros, porque me gusta mucho dar vueltas como a veces hacemos mi amiga Daniela y yo, que seguro que ella tiene los hombros de hueso y su madre también porque las dos ríen mucho y no sólo dentro de las cuevas sino en cualquier sitio.

¿Estás llorando? Pues a lo mejor es que se te está empezando a caer el plomo y como dijo mi abuela eso te tiene que doler. No te preocupes, es como las inyecciones, duelen al principio pero sólo un rato, luego te curan y si te curas de lo del plomo, si quieres, podrás bailar o preparar un baile en el jardín como el del sueño y seguro que se llenará de gente. Mi abuela dice que la música no sirve de nada si no hay gente que la escuche y que la baile.

MARÍA AGUIRRE FERNÁNDEZ-LASCOITI

APLAUSOS

Primer Accésit de Publicación

María Aguirre Fernández-Lascoiti
Madrid 1965

Licenciada en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid, ha trabajado como documentalista durante varios años y actualmente es redactora y correctora de varias publicaciones. Es Autora de varios relatos breves, incluido uno de ellos, en «Relatos de Taller 2004-2005» y publicado por la Subdirección General de Bibliotecas de la Comunidad de Madrid en el año 2005.

Cuando íbamos de excursión y pasábamos por un túnel, las monjas nos hacían aplaudir y la mayoría de las niñas no entendíamos el motivo. Porque, desde luego, sabíamos muy pocas cosas en general, pero sobre sexo lo ignorábamos todo y nuestras únicas referencias eran tan tópicas e ingenuas como nosotras mismas.

La culpa o el mérito, según se mire, la tuvieron los pantalones nuevos que me habían regalado al cumplir catorce años. Eran muy cortos y estrechos y me gustaban mucho. También, Santi, mi perro, tuvo algo que ver.

Era verano y estábamos en la casa que alquilábamos todos los años en un pueblo perdido de Castilla.

Aquella tarde Santi no aparecía y, aunque eso ya había ocurrido otras veces, empecé a preocuparme. A él le gustaba espantar a las cigüeñas que bajaban a beber al embalse y perseguir a las ovejas del pasto cerca de casa. Y a mí me gustaba que lo hiciera, que corriera a su aire, sin cadena ni collar, como un perro cualquiera del campo. Pasaba unas horas fuera de casa y regresaba cuando quería.

Pero aquél día no volvía; había desaparecido por la mañana muy temprano y ya era media tarde. Por eso no quise esperar a que se hiciera de noche, me quité el biki-

ni mojado y me puse mis pantalones cortos nuevos; salí de casa y le llamé a gritos mientras buscaba por los alrededores. Nada. Pasó un chico a toda velocidad en una moto que, en un segundo desapareció en una nube de polvo.

Me adentré por las calles del pueblo y pregunté a los viejos sentados en el poyete del bar. Nada. En la plaza no había nadie. En el frontón tampoco.

Era lo normal, la gente esperaba al anochecer para salir. Aún apretaba el calor y el sol hacía daño en los ojos. El empedrado de las calles se había ido recalentado y ardía. Sólo el de la Montesa existía por todos los demás: arriba y abajo, lejos y cerca, como si quisiera batir algún récord de velocidad en circuito cerrado de pueblo castellano, 43 grados a la sombra y pavimento de adoquines deslizantes.

Un paisano en tractor, que venía de la era bien cargado, alfombraba la calle con una lluvia de pajitas. Tampoco él había visto al perro.

Caminé por las calles en cuesta hacia el castillo y ni rastro. Pero, en cambio, al volver una esquina, la moto otra vez, ahora parada, como esperándome.

—Creo que le he visto más arriba, venga sube.

Sin pensarlo —nunca pienso las cosas que me apetece hacer— intenté trepar al asiento pero una pierna se me quedó colgada y tuve que apoyarme en sus hombros. Como me quedé medio caída hacia la izquierda, su mano enorme me agarró del muslo, se deslizó hasta mi culo y me colocó bien en el asiento. Entonces metió primera, dimos un salto y comenzamos a trepar la cuesta. Creo que el vértigo y el miedo justificaron que me aferrara a su

cintura. A él eso pareció estimularle porque metió segunda, aceleró a fondo y en un momento estábamos arriba.

Giramos en la siguiente calle e iniciamos el descenso como en una montaña rusa, a tumba abierta y en punto muerto. Mis brazos en torno a su cintura se habían ido cerrando y mi barbilla se apoyaba en su hombro. Con sorpresa comprobé que el fuerte olor a sudor que salía de su camiseta me gustaba y recuerdo perfectamente que su camiseta era de Barricada y que las mangas habían sido cortadas a tijeretazos.

Los adoquines irregulares y con baches provocaban continuos saltos que nos encajaban el uno en el otro como las últimas dos piezas de un rompecabezas. Sus pantalones elásticos eran como una segunda piel para él y una tercera para mí. Los míos, en cambio se habían ido arrugando hasta casi esfumarse entre mis piernas.

Y así estuvimos un rato, bajando y subiendo cuestas a buen ritmo, yo sin ver nada y él siempre mirando al frente como con una idea fija.

Hasta que, de pronto, se paró frente a un pajar con las puertas abiertas.

—Creo que le he visto el rabo, se ha metido ahí — dijo.

Sin bajarnos de la moto cruzamos lentamente el umbral del pajar hasta la línea de sombra en el suelo. Dentro olía bien, a sol y a campo, pero ni rastro de Santi. Había montones de sacos y una manta de cuadros colgaba de un gancho en la pared. Lo último que quería en ese momento era encontrar a mi perro, así que le llamé en voz baja, para disimular. Guardamos silencio unos segundos por si le oíamos pero, como no aparecía, dimos

marcha atrás y continuamos botando por las calles en cuesta como si ésa fuera nuestra única misión en la vida. El roce de sus pantalones era suave y, a esas alturas, los míos casi habían desaparecido entre mis piernas. Se derretían sumergidos en una humedad nueva que me mantenía en suspenso, como esperando algo que no sabía qué era. Cada bache se convertía en un latido caliente que se multiplicaba con el bache sucesivo. Esperaba y esperaba en una tensión dulce, paciente, como el que se tumba en un pajar, tiende una manta de cuadros sobre un montón de heno fresco, se estira bien y se imagina cosas mientras se siente hundir lentamente porque sabe que el sueño llegará y que, alrededor, la humedad caliente, el olor a sol seguirán ahí, la moto fuera, castigada y él, tumbado a mi lado, me sube la camiseta hasta el cuello – qué suave eres– y luego, con una sola mano, fácilmente, me quita los pantalones y sin prisas...

Así fue cómo me ocurrió, encima de una moto. Entonces no sabía lo que era, pero tampoco me lo pregunté. Simplemente me quedé allí, suspendida en algún lugar sin tiempo, entre un bache y otro.

Estoy segura de que él ni se enteró. Yo misma apenas recuerdo nada más. Creo que mi perro terminó apareciendo por una esquina con la lengua fuera y sucio de paja. Entonces paramos, nos bajamos de la moto y él me ofreció tabaco.

No faltó ni el cigarrito de después. Tuve ganas de aplaudir, pero no lo hice, no estaba en ningún túnel y tampoco me miraba ninguna monja.

CARMEN FRONTERA QUIROGA

PÁGINAS DE CONTACTO

Segundo Accésit de Publicación

Carmen Frontera Quiroga
Madrid, 1959

Nacida en Madrid el 31 de enero de 1959 es Licenciada en Filosofía y Ciencias de la Educación. Pertenece al Taller de Creación Literaria del Centro Cultural «Ágata» desde 1999 y colaboradora con la revista cultural del Centro «Rascamán».

Recibió el premio de Novela Breve «Ciudad Getafe» en 1999 con la obra «Luna Llena». En Junio de 2000, la Fundación de Derechos Civiles y el Instituto de la Juventud selecciona «Desconocer» y «Una Mujer». Seleccionada también (Diciembre 2000) entre 786 relatos, por el cuento «Las ciudades enamoran» bajo el tema «Las ciudades literarias», para su publicación en la Revista literaria «Escribir y Publicar». Mención de Honor con la publicación del relato «¿Mueren las Brujas?» otorgado por la Asociación de Mujeres de Rute, Córdoba en Marzo de 2001, publicada en el concurso relatos breves de mujer de Valladolid 2001. Seleccionada con el Relato Hiperbreve «Demasiado Tarde» en el Concurso Internacional de Relatos Hiperbreves 2002 de Acuman. Un relato seleccionado en junio 2003 por la Fundación de Derechos Civiles y el Instituto de la Juventud «Lentejas quemadas» y dos relatos seleccionados en Junio 2004 por la misma entidad, «Ágata o Azabache» y «Dolor». I Accésit en el III Premio Internacional de Relatos «Ron y Miel» en Octubre de 2004, con el relato «Ruinas del Pasado». Seleccionada para publicación Relato rápido que convoca «Ciudad Getafe» en Noviembre 2004. Seleccionada en el concurso La Lectora Impaciente en Diciembre de 2004 con el relato «Blanco y Negro». Ganadora del concurso Literario de La Sociedad Popular de la Regalina con el relato «Leer y soñar» en Agosto de 2006.

« De orígenes nurmoos, señora con raleso. Buenas jaranas o minoles y ranfenas como en Valencia».

Aquel anuncio cambio mi vida.

No soportaba el aburrimiento en casa con un marido siempre desempleado, sentado en un sillón, con las gafas sobre la punta de la nariz y leyendo sin parar las mismas páginas del periódico que compraba a diario.

De vez en cuando levantaba los ojos de su lectura y decía: «Mira, chata, lo que dice ésta: «20 años, morbosa, francés, griego, y muchas cositas más» je, je, je».

Lo que más me indignaba era el «je, je, je». A punto de desintegrarme en combustión espontánea, no me quedaba más remedio que preguntarle «y el Ministro de Trabajo ¿que dice sobre desempleo?».

Él no se inmutaba lo más mínimo. «¡Yo qué sé! Es que tienes cada cosa...» . Me entraban ganas de decirle que él no sabía ni a tocino.

Acto seguido, el cogía una navajita multiusos del bolsillo de su camisa, de ella sacaba unas tijeras en miniatura y recortaba con cuidado el anuncio que tanta gracia le había hecho.

«Je, je, je. ¡El primero del día!», decía mientras lo guardaba en una cartera abultada de anuncios.

Para calmar mi agobio decidía salir a dar una vuelta. Ni por esas me libraba de él y de su única lectura. En cuanto me veía con los zapatos y el bolso, doblaba su periódico cuidadosamente por la hoja de contactos, no se le fuera a extraviar y tuviera que perder su tiempo buscándola, y se enganchaba en mi brazo leyendo sus anuncios hasta cuando caminaba.

Nos sentábamos a tomar un café, y por toda conversación de vez en cuando exclamaba: «¡Mira, chata, lo que dice ésta: «18 años. Conversaciones eróticas, tragona, puro vicio, no tengo límite» je, je, je».

«Je, je, je. Y el Presidente de Gobierno ¿No habla de desempleo?».

«¡Yo qué sé! Es que tienes cada cosa...» .

Hasta los gamusinos debían de tener una conversación más interesante. No soporto verle con sus tijeritas. «Je, je, je. ¡el segundo del día!». «Je, je je», miro a las musarañas y deseo que llueva aunque sólo sea para que pase algo.

Pensaba que si mi marido por lo menos llamase a uno de esos teléfonos que acompañaban a los anuncios que tanta alegría le causaban, yo estaría un más tranquila tomándome un café, sola, sin ver de constante su patética estampa. Tal vez incluso hasta podría tener celos, y entretenerme en seguirle para montar luego un numerito.

Fue aquel día en el que pensé lo interesante que podría ser una conversación entre gamusinos, cuando las musarañas se debieron apiadar de mí y concederme una inspiración. Tomé una servilleta y me dispuse a recordar mi lejana infancia.

Hice una pajarita de papel, luego un barquito, una

pirámide, jugué a doblar servilletas en pequeños cuadraditos, rectángulos, triángulos. Se me ocurrió la gran idea.

Podía poner yo un anuncio en aquella página de aquel periódico.

«Mira, chata, los que dice ésta...»

«¡Lelo!, ésta soy yo. ¡Que no te enteras!».

Y él saca su navaja, de ella la tijerita y recorta el anuncio que he puesto yo para guardarlo en su abultada cartera.

No pude contener la risa ante tales pensamientos. Tan agradable como siempre, mi marido levantó los ojos de su periódico para llamarme «payasa».

Mi idea ya estaba en marcha. Tendría que poner un anuncio lo suficientemente vulgar para que llamase la atención de mi marido. Algo así como: «Tengo muchas ganas de sexo. ¿Quieres pasártelo bien? Completísimo. Insaciable. Tendrás experiencias atrevidas conmigo. Toda la fantasía erótica a tu alcance».

Imposible. Éste anuncio no llamaría la atención de mi marido ni de casualidad. Le importaba tres bledos el sexo, no sabía lo que significaba completísimo, se asustaría con una mujer insaciable, odia las experiencias atrevidas y no tiene fantasías eróticas.

Debía de pensar en algo más cautivador y atrevido. O más obsceno o más grosero. Más original.

«De origen moruno. Señora con solera. Buenas naranjas o limones y ánforas como las de Valencia».

Lo del origen moro me gustó. Lo de la solera pensé que era importante para dejar claro que los buenos vinos mejoran con la edad y mis dieciocho años ni se

sabía dónde estaban. Lo de las naranjas o limones y ánforas, me pareció original.

No sabía si llamaría la atención de mi marido. Leer desde luego que lo leería, no hacía otra cosa. Quería algo más. Quería que al leerlo me dijese eso de «Mira, chata, lo que dice ésta...», y buscase su navajita en el bolsillo de la camisa y sacase la tijerita y lo guardase en la carterita de los mejores anuncios.

Entonces me surgió otra buena idea. Disfrazar los conceptos.

«De orígenes nurmoos. Señora con raleso. Buenas jaranas o minoles y ranfenas como en Valencia».

Unos días más tarde escuchaba lo que quería oír: «Mira, chata, lo que dice ésta...»

Por primera vez en su vida, mi marido obtuvo la respuesta que creo que deseaba oír. «¡Que cachonda!» le contesté divertida. Por la contra montó en furia, me dijo que no entendía nada, que era el colmo de la simpleza, que ni aún explicándome las cosas como a los niños era capaz de comprender.

Cogió su navaja multiuso, sacó la tijera y me gustó como le temblaba a mano mientras recortaba el anuncio. Lo guardó en la cartera de sus «tesoros».

Mientras realizaba su ritual, decía que el editor del periódico había cometido una equivocación y aquel anuncio estaba en una página que no le correspondía. Tenía clarísimo que aquellas líneas eran el disimulo de una señora de la realeza que venida a menos vendía las casas, las limosinas y las huertas que tenía en Valencia.

Desde aquel día mientras lee incansable las páginas de anuncios de contactos, mira enrojecido por el ra-

billo del ojo como yo no dejo de hablar por mi móvil. Estoy tan entretenida. No dejan de llamarme preguntando cosas tan divertidas, como si soy la señora mormona con buen trasero, o la normanda que gusta de juergas o mimos, o la valenciana que canta rancheras como en Méjico.

He preparado otro anuncio que mañana mismo llevo para que me lo publiquen. No puedo dejar escapar esta fuente abundante de distracción.

Ya no espero ver llover. Espero que alguien descifre mis anuncios.

CLARA ISABEL ARÁNEGA PÉREZ

LA TRANSFERENCIA

Tercer Accésit de Publicación

Clara Isabel Aránega Pérez
Albacete

Clara Isabel Aránega Pérez, cursó estudios de filología inglesa y actualmente trabaja en una compañía aérea como tripulante de cabina de pasajeros. Ganadora de varios concursos literarios ha publicado el cuento infantil «Una aventura en el aeródromo».

Las flores la traen de cabeza. Lleva con los preparativos más de dos meses y las ha dejado para el final. Está indecisa.

—Ahora se lleva lo minimalista— le dice su madre.

—Bueno, pues que sea minimalista. No más de tres o cuatro flores con unas cuantas varas de lavanda. Un ramo largo, no rechoncho y compacto.

En la floristería le muestran un catálogo con fotografías. La dependienta, una mujer que pasa de los setenta pero que aparenta cincuenta por obra y arte del bisturí, le aconseja las rosas de Singapur. Color vainilla — le dice— las rojas rayan la vulgaridad y olvídense de la lavanda; eso es más propio de una boda en Ibiza.

No piensa transigir con respecto a la lavanda. Siempre ha imaginado su ramo de novia con lavanda, así que la florista asiente. El cliente siempre tiene razón aunque esté equivocado, piensa observando el espléndido anillo que luce la clienta. Oro blanco y diamantes. Wempe, seguro que es de Wempe.

Por la noche, al llegar a su apartamento, no enciende la luz. El resplandor de las farolas se cuele en el salón y dibuja sombras que ella va pisando. Suspira profundamente mientras se despoja del bolso, del portafolios

abultado, de la bolsa de una exclusiva tienda de lencería. Su conjunto nupcial de bragueta, bustier y ligero ha costado mil doscientos euros. El regalo de sus dos mejores amigas.

Se sienta a oscuras en el sofá desdoblado con lento gesto, está muy cansada, el primoroso envoltorio de papel de seda festoneado de pequeños capullos de rosa. No quiere llorar, se lo ha prometido a sí misma pero le cuesta cumplir esa promesa inútil. Qué más da si lloro o no. Estoy sola en mi casa y nadie va a saber si lloro o río. Su mirada se detiene sobre su dedo anular. En la penumbra el destello de los diamantes le parece un insulto. *Shine on you crazy diamond*. La canción de Pink Floyd no la abandona desde que lo comprara hace dos meses. Ahora el exclusivo encaje de Chantilly de su bustier de novia se va humedeciendo con redondeles cuajados de tristeza. Espero que no encoja al mojarse, ironiza consigo misma. Y se queda allí, abatida y sola con la certeza de lo inútil desplegada sobre un papel de seda festoneado de pequeños capullos de rosa.

¡Qué murmullo! ¡Qué agitación! ¡Qué locura! Se siente como un candidato desalojado del poder en la noche electoral.

—Y al final ¿os quedáis a vivir en tu apartamento?

—Sí.

—Pero más adelante os mudaréis ¿no?

—Ya veremos. Todavía no lo hemos pensado. Todo ha sido tan rápido...

—¿En qué parte de Italia dices que viven sus padres?

—En la Liguria, en una ciudad pequeña.

—¿Este es el anillo de pedida?

—Sí.

—¿Es de Wempe?

—No es de buen gusto preguntar el nombre de la tienda cuando te hacen un regalo.

—¿Vienen muchos invitados de su familia?

—No, apenas se cuentan con los dedos de una mano.

Es hijo único.

Han ido a cenar a un restaurante asiático, zen, de super moda. Sus amigas se han empeñado en celebrar una despedida de soltera por todo lo alto. Todas han tenido la suya, más o menos elegante. Las bromas típicas con artilugios sexuales y aditamentos eróticos para la ansiada noche de bodas se suceden.

—Casarse con más de cuarenta tiene sus ventajas — comenta una de ellas— ya has probado unas cuantas pollas y sabes qué esperar de ellas...

Ríen a carcajadas. El camarero, puede ser coreano, filipino o indonesio, no parpadea mientras les sirve los langostinos envueltos en hojaldre de coco y las delicias de pato con setas caramelizadas. El mantel color arena contrasta con la vajilla burdeos. Todo es tan perfecto que hasta la flores temen ajarse en el jarrón de Murano. El resto de comensales las encuadra en el típico grupo de cuarentonas, liberadas y pijas con maridos absorbidos por la empresa y dinero suficiente para rechazar una langosta al cilantro por estar demasiado hecha.

—¿Por qué has esperado tanto?

La pregunta es una flecha envenenada. Todas saben que Fabio es el primer novio que ha tenido desde los veinticinco y que apenas lleva seis meses con él. Hace

como que no ha oído la pregunta. Mira distraída al camarero coreano, filipino o indonesio y le pide una botella de agua mineral. Siente la boca seca. Una lija con sabor a coco y cilantro. Está deseando terminar aquel paripé y salir disparada. Con la excusa de un viaje relámpago a Barcelona tiene que coger el puente aéreo de las siete. No habrá copas tras la cena zen.

Pero la pregunta vuelve como lo hace un boomerang y entonces ella bebe de su copa con la mirada clavada en el mantel, tragándose la respuesta que todas quieren escuchar. No está dispuesta a rendirse ante aquel corral de gallinas consentidas que se pavonean orgullosas por tener un listín de conquistas tan abultado como la guía Michelin y contesta haciendo un esfuerzo.

—No todas las mujeres disfrutan la vida de la misma manera. No sólo los hombres ofrecen satisfacciones. Están la empresa, los viajes, el esquí...

No ha sonado nada convincente. Lo sabe y, nerviosa, vuelve a recurrir al camarero coreano, filipino o indonesio.

—La carta de postres, si es tan amable.

No se rinden.

—¿Tienes orgasmos deslizándote montaña abajo?

Todas ríen de nuevo. Se siente más sola que nunca. Huye al baño. Los grifos de bambú le resultan fuera de lugar. Se queda un rato allí contemplando su silueta de cuarentona en el espejo minimalista. ¡Es todo tan absurdo!

Se han despedido con un «hasta el día D» y le ha sonado tan vacío que todo el trayecto de vuelta a casa lo emplea en convencer al taxista de que ella es la novia.

—No, que va. La rubia del pantalón ceñido lleva diez años casada con un arquitecto mallorquín.

—¿Todas esas rubias de la parada están casadas? Perdone usted la indiscreción.

—Todas, yo soy la única que falta.

—Pues no sabe usted dónde se mete, señorita. No lo sabe usted bien...

Es la una de la madrugada y quedan cuatro días para el día D. Una suave brisa despereza las hojas de los árboles. Las estrellas están ausentes de la noche urbana. Antes de hacer girar la llave del portal aspira el aire de este verano que se le antoja tan distinto de otros, tan carente de ilusiones o de planes reales. La tortura de los tacones y las horquillas es el primer suplicio del que se deshace al dejarse caer sobre la cama. Tiene dos mensajes en el contestador.

—Piiiiii: Señorita Aldecoa, su traje está listo. Puede recogerlo a partir de hoy en nuestro atelier de la calle Claudio Coello. Saludos.

—Piiiiii: Hola, el jueves llegan mis padres. He organizado una cena para que os conozcáis. No te preocupes, todo va a salir bien, bambina. Besos.

Hay una serpiente enroscada en su estómago. Repta de un lado al otro de su sistema digestivo desde hace seis meses. Se alimenta de sus dudas, de sus nervios y sus miserias. Es una solitaria voraz. Se mira al espejo de nuevo. No sabe por qué pero últimamente lo hace constantemente. Los diminutos surcos nasogenianos se han acentuado en las últimas semanas. Forman un paréntesis a ambos lados de su sonrisa turbia. Sus ojos sólo brillan bajo el efecto del alcohol o las lágrimas. Ha descubierto

que una mujer se puede emborrachar de pena.

No puede concentrarse en la reunión del día siguiente y aunque ha decidido trabajar hasta la víspera de la boda sabe que su rendimiento será nulo. La transferencia, piensa. Tengo que hacerla el viernes. También recoger los papeles de la agencia y preparar la maleta para lo de la Polinesia... Se sonríe a sí misma mientras se cepilla los dientes. En lugar de «luna de miel» ha dicho «lo de la Polinesia». Un detective hallaría indicios muy reveladores en este cambio de nomenclatura tan inocente.

Pero ahora no quiere pensar en nada. Tan sólo dejarse llevar por el sueño. La serpiente ha decidido descansar también.

En lugar de adelgazar como todas las novias, ella ha cogido un par de kilos. Siempre le han engordado los nervios. Pica a todas horas y en el atelier de Claudio Coello han notado ese orondo michelín que se le marca bajo el brocado del tejido exquisito de a más de doscientos euros el metro.

—Tiene que hacer la dieta de la sopa quema grasas. Es infalible. En dos días se quita un kilito por lo menos. ¡Esa tripita!... Eso, o una fajita.

Odia los diminutivos con toda su alma. Hay montones de mujeres, sobre todo en el comercio, que los utilizan sin ton ni son. Liguero, vestido, pulserita de diamantes (incluso con las piedras preciosas lo ha notado). No lo puede soportar. Como si el refinamiento se midiera por el número de itos intercalados en la conversación. Hay un personaje de los Simpson que habla así pero ese sí que le hace gracia. Es más real que todas esas mujeres serviles y rancias.

Ha ido sola a recoger el traje. Ha conseguido engañar a su madre para no tener que soportar sus comentarios sobre el modelo que ha elegido. Que si demasiado atrevido para tu edad, que si esa tela es carísima, que si ya te lo podía haber regalado Fabio. Bastante tendrá que aguantarla el resto de sus días cada vez que la obligue a ver las fotos, cada vez que le eche en cara todo lo que está por venir.

Y ahora, tras el trámite del traje, lo que más le preocupa es la cena con los padres de Fabio.

Han elegido un asador. Algo muy hispánico, con cordero y morcilla de Burgos aunque sean las diez de la noche y estén en el mes de julio. Se ha puesto para la ocasión un vestido negro de Purificación García. De las rebajas, porque con tanto dinero como está gastando y después de la transferencia la cuenta le va a hacer chiribitas. Antes de salir de casa piensa de nuevo en la transferencia.

Los señores Pozzi son muy amables. Aunque apenas comprenden el castellano se esfuerzan vivamente por elogiar a su futura nuera.

—Il nostro figlio e aspettato tanto per sposarsi però la ragazza e cosí bella e vale la pena aspettare.

La señora Pozzi viste un traje de chaqueta sencillo, más bien raído y de corte desfasado. Al acercarse para besarla ha advertido un leve aroma a naftalina que le ha recordado a su abuela. Su moño, a lo Caballé, está esculpido a fuerza de laca y horquillas. Sus pantorrillas son gruesas, como si retuviera líquidos, pero tiene una mirada cándida y unas pestañas espesas que ha heredado Fabio. Habla pausadamente mirando siempre a los ojos.

El señor Pozzi no para de mirarla tampoco. Estudia cada uno de sus movimientos como queriendo buscar el indicio que le falta para confirmar las sospechas de que Fabio está totalmente encoñado. No es la más atractiva de las novias de su hijo, ni la más joven. Casarse tan precipitadamente es algo incomprensible y además en su mentalidad masculina de machismo secular no cabe una mujer con el aplomo suficiente para ordenar la comanda sin un ápice de duda que ni tan siquiera pide el consejo de su hijo para elegir el vino. Es demasiado masculina. En Italia las mujeres se someten más a la elección de sus maridos. Piensa mientras ataca el cordero.

El Protos ha soltado la lengua y las manos de Fabio. Juguetea bajo la mesa con el bajo de su vestido, deslizando el dorso de su mano por el muslo bronceado de su futura esposa. El señor Pozzi se ha dado cuenta y sonrío complacido. Tiene mi misma fogosidad, debe pensar.

Se despiden hasta el sábado. Mañana Fabio va a llevar a sus padres a Toledo. La acompaña hasta el portal mientras los Pozzi esperan en el taxi. Siente, de repente, la lengua del hombre atragantándola. Y sus pezones asal-tados por unas manos ansiosas. El perfume caro del hombre le llega mezclado con el del vino. Se escabulle como puede. Ya en el ascensor, a solas, se debate ante una nueva duda. ¿Ha sido un beso real? Habría jurado que el deseo de Fabio pugnaba bajo su bragueta pero entonces recuerda el Protos y reconociendo el poder inquietante del alcohol no se hace ilusiones. Al salir del ascensor se gira para ver su reflejo en el espejo ahumado. Un rubor descarado embellece su rostro cansado de fingir.

La sesión de belleza ha sido lo más gratificante de

los preparativos. Su hermana ha tenido la gran idea de regalarle un bono completo con un «todo incluido» en uno de los spa urbanos que hacen furor en la ciudad.

—Apenas tiene celulitis —le comenta la masajista— su tejido conjuntivo es muy firme para su edad. ¿Cuántos me ha dicho?

No ha mencionado sus años y sonrío por la manera tan diplomática de preguntárselo que tiene la mujer.

—Cuarenta y tres.

Se deja llevar por el placer de aquellas manos recorriendo su piel tan olvidada de estímulos táctiles. Huele a ciprés o tal vez a sándalo no lo puede distinguir. Se oye un murmullo sordo de risas y voces femeninas y unos acordes apenas perceptibles entre los que se distingue el tañido de una campana. No se relaja por completo pues a la par que la esteticista le embadurna la piel del rostro con una mascarilla purificante de algas y centella asiática se empeña en repasar la lista con las cosas que le faltan por hacer: recoger a su prima en Barajas, comprar un bikini nuevo (el del año pasado no vale para lo de la Polinesia), confirmar la cita en la peluquería para la mañana siguiente, hablar con el encargado del banquete para advertirle de la alergia a la langosta de una invitada, pasarse por la iglesia para pagarle al cura y comprobar los arreglos florales, recordarle al cuarteto de cuerda el orden de las piezas que han de ejecutar (Fabio se ha empeñado en un minueto de Vivaldi, qué le importará a él un minueto o un rondó), entregarle a su hermana la bandeja de plata para que su sobrino que hará de paje lleve las arras, la transferencia. Había olvidado la transferencia y ya son las dos menos cuarto de la tarde. Tendrá que ha-

cerla por teléfono. Se cambia el anillo de pedida del anular al corazón, es el truco que suele utilizar para recordar las cosas. Y al hacerlo *Shine on you crazy diamond* vuelve a zandararla con la crudeza de sus acordes.

Con él si que se habría casado con todas las de la ley. Estaba a punto de pedírselo. La evocación de aquel viejo Ford Escort donde se pasaban las horas escuchando a Pink Floyd y haciendo el amor hace a la serpiente revolverse agitada. El aroma a ambientador del coche, los asientos pegajosos donde se retorcían de placer, la mirada perdida de él, su sabor a Bisontes. Todo el relax de la mañana en el spa ha desaparecido por completo. Recuerda por enésima vez el rostro contraído de su hermana dándole la noticia, las convulsiones de su cuerpo negando lo evidente. Las palabras sobredosis, Casa de Campo y anatómico forense reverberando como espejismos ante sus ojos antes de desvanecerse y partirse la clavícula al caer. Las flores de lavanda que tanto le gustaban a él sobre su ataúd.

Va a hacer calor. El tiempo normal de mediados de julio. Las aceras despiden un fulgor de espejismo y los viandantes se refugian en el frescor de los portales. Está más tranquila de lo que esperaba. Sus dos mejores amigas se han empeñado en ayudarla a vestirse.

-¡Hemos acertado con la ropa interior! –exclaman regocijadas– ¡Fabio va a alucinar en colores cuando te desnude!

Se deja llevar por las sensaciones ajenas, lo ha decidido así nada más poner los pies en el suelo esta mañana. Se conforma con la felicidad ajena de verla a ella vistiéndose de novia, con los ligeros como dos heridas de en-

caje sobre sus muslos maduros.

—Si no fuera por vosotras.

Sabe que a sus amigas les encanta sentirse imprescindibles y no las va a contrariar. Han dejado a los niños a cargo de sus maridos para estar con ella y colocarle la cola al salir del Rolls que ha alquilado el bueno de su padre. Luego evocaran ese momento fugaz mil veces.

La ciudad arde de sol y asfalto. No está bien que una novia lleve gafas de sol pero está tentada de ponérselas, para el sol y para las lágrimas que ha decidido no verter pero que sospecha que fluirán a pesar de todo. No te vas a acordar de nada, le había dicho su hermana. Todo será como una película y no te darás cuenta de muchos detalles. Yo ni me acuerdo de cuando dije sí quiero, fíjate.

Pero ella recordará cada mínimo detalle, cada gesto, cada insignificante minucia, todos los pormenores de la tarde. La música sincopada del cuarteto, el temblor de las manos de su padre al soltarla frente al altar, los sombreros como parabólicas orientadas hacia su felicidad, el guiño de su hermana al salir del Rolls, el beso de caramelo de su sobrino, el olor a incienso, el roce insistente de su lencería de Chantilly, el brillo acharolado del moño de la señora Pozzi, las manos sarmentosas del sacerdote, el minueto de Vivaldi, el sí quiero saliendo de los labios contraídos de Fabio, el amor es un címbalo que resuena y lo que resuena es *Shine on you crazy diamond*, una y otra vez cuando camina por la alfombra, cuando se agarra del brazo de Fabio, cuando sus ojos acuosos se detienen en las varas de lavanda, cuando el arroz y los pétalos de rosa salpican su vestido de brocado y en mitad de un

silencio que ella sólo puede escuchar Fabio le dice al oído mientras los demás adivinan un te quiero:

—La transferencia ha llegado a mi cuenta. ¿Has visto como todo ha sido muy fácil, bambina?

CARMEN DE LA ROSA MORO

CUESTIÓN DE PRESUPUESTO

Mención Especial Autora local

Carmen de la Rosa Moro
Santa Cruz de Tenerife, 1964

Médico especialista en rehabilitación, ha sido ganadora del «I Certamen de Relatos breves *«Mujeres»* del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, finalista del I Premio *«Contradiction»* de literatura personal de la Revista Marie Claire en el año 2000, accésit del premio de relatos cortos *«Caja Canarias»* del 2002, finalista del *«III Concurso de Relatos Breves FAES FARMA»*. Ha publicado, junto con otros autores del taller literario *«Entrelíneas»*, el libro de relatos *«Entre humo y cuentos»*. Acaba de publicar el libro de relatos *«Todo vuelta»* con editorial Idea. También ha colaborado, con relatos cortos y una columna, en el periódico *«La Opinión»* de Tenerife.

Para mí el amor es que alguien me bese suave en la nuca antes de dormirme.
–Mariconadas– replicó él, el ceño fruncido, mientras tomaba el café.

Y aquella palabra se me estampó en la cara como una bofetada, me quedé sin habla, la mirada fija en las migas de las tostadas sobre el mantel, en el cerco de leche derramada junto a su taza. Logré contener las lágrimas mientras se levantaba y me decía *hasta la tarde* desde el fondo del pasillo y luego cerraba la puerta antes de marcharse. Entonces me asomé a la ventana de la cocina y lo vi salir del portal, a la luz de las farolas todavía encendidas, a esa hora en la que las calles parecen el decorado de una película en blanco y negro. Ramón se detuvo un instante en la acera para encender un cigarrillo y de pronto se volvió hacia la ventana y me sonrió, pero solo a medias, media sonrisa de disculpa y una calada que avivó la brasa del cigarro. Luego levantó la mano en un adiós y se encaminó hacia la furgoneta, sus hombros inclinados hacia delante, como si ya llevara el peso de las cajas de cerveza que repartiría horas después. Pensé que quizá para él el amor no era más que eso: una media sonrisa, un adiós tímido en la madrugada.

Mejor no darle más vueltas. En cuanto entré en la ducha el chorro de agua tibia me fue desprendiendo de la piel aquella palabra tan fea –mariconadas– y acabó desapareciendo por el desagüe. Me entretuve un buen rato en enjabonarme la barriga, cada vez que pasaba la esponja sentía que bajo aquel melón pequeño iba creciendo mi bebé. Cada vez que pensaba en él me venía una sonrisa enorme a los labios, un sonrisa entera, yo no soy como Ramón, nunca he tenido miedo de expresar mi ternura. Y me moría de ganas de verle la carita a mi niño, de tenerle por fin en mis brazos para comérmelo a besos desde la cabeza a los pies.

Cuando acabé de vestirme entré en la habitación de Violeta y encendí la luz de la mesilla. En la tranquilidad de su sueño parecía una niña que hubiera envejecido durante la noche. Acaricié su pelo canoso, desparramado sobre la almohada, sus manos sin carne, surcadas de venas azules ¿La habría acariciado así alguna vez Don Esteban? ¿Habría sabido lo que era una caricia aquel señor bigotudo de la fotografía de la mesilla de noche? Aquel señor que parecía sentenciar:

–Mariconadas.

Desde el sillón en el que se había fotografiado. Acerqué el portarretratos a la luz, detrás de Don Esteban estaba de pie una Violeta, cabizbaja, de ojos asustados, que sujetaba a su bebé (mi marido) como si intentara protegerle del frío, del flash del fotógrafo, del bigote de su padre.

Sonó el timbre. Dejé el portarretratos de nuevo sobre la mesilla y corrí a abrirle la puerta a Sara. Ella me saludó con un beso y puso después sus manos sobre mi

barriga. El bebé pataleó, molesto porque alguien se hubiera atrevido a tocarle sin su permiso.

—Ahí dentro hay un futbolista, Aurora, te lo digo yo: un machito.

—Sea lo que sea voy a quererle igual —acabé de abrocharme la rebeca y cogí el bolso y la carpeta con los papeles del Ayuntamiento—. Violeta duerme todavía, no me ha apetecido despertarla, encontrarás su desayuno y los medicamentos sobre la mesa de la cocina. Luego la sientas en la silla de ruedas y le dejas la radio encendida un rato, que le gusta mucho oírla. Ya la bañaremos por la tarde entre Ramón y yo.

—A mandar, para eso estamos las vecinas. No te preocupes que, dentro de un rato, me la llevo a casa y la pongo a pelar papas para el potaje.

—Si la pobre pudiera seguro que te ayudaría.

—Y tú, a ver cuando te coges la baja, que con este calor se te están poniendo los tobillos como dos macetas.

—Tendré que aguantar un poco más porque si no voy a trabajar me descuentan esos días del sueldo. Además no puedo quejarme, por lo menos estoy sentada. Me han trasladado de la charcutería a la caja.

—Menudo privilegio.

A las ocho menos cuarto saqué un número para la trabajadora social del Ayuntamiento. Me senté a esperar en un banco de plástico junto a otras dos señoras. Las observé con disimulo, rondarían los cincuenta y las dos tenían en común las mismas ojeras, el pelo con falta de teñir, los rostros cansados. ¿De quién cuidarían ellas? Detrás de la mampara del despacho se escuchó la voz de la asistente social.

– ...y no te olvides de ponerle el termómetro al niño de cuando en cuando. Recuerda, diez gotas de Apiretal, y si no le bajara la fiebre me llamas enseguida, al móvil, aquí no, que siempre está comunicando, adiós.

Entonces sonó un pitido y apareció el número 1 en rojo en la pantalla que había sobre el cartel de *Trabajadora Social*, igual que en la sección de charcutería del supermercado. Una de las mujeres se levantó y tocó suavemente a la puerta sin atreverse a entrar.

A las nueve y diez me tocó el turno. En cuanto entré la asistente social reparó en mi barriga y me sonrió. Me invitó a sentarme con un gesto.

–¿Para cuándo nacerá?

–Para finales de noviembre– se quitó las gafas y se frotó el dorso de la nariz.

–Sagitario, como mi hijo el pequeño. Cumplirá los tres en noviembre –y me mostró la foto que había sobre su escritorio: dos niños morenitos, abrazados, el mayor con una camiseta del Barça– . Los sagitario tienen buen carácter. ¿Qué la trae por aquí?

–La solicitud de una ayuda a domicilio para mi suegra inválida. Aquí tiene los informes médicos: padece del corazón y de Alzheimer.

Le di mis impresos, se colocó las gafas y empezó a ojearlos. Se demoró unos segundos en las fotocopias de mi nómina y la de Ramón, luego grapó todas las hojas y las guardó en un archivador. Escribió el número 289 con rotulador rojo en la carátula del archivador y lo amontonó sobre su mesa, en una pila con otros veinte o treinta expedientes más. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que todas las estanterías de aquel despacho estaban

ocupadas por cientos de cajas de cartón, con el mes y el año escrito con el mismo rotulador rojo: *febrero del 2000, marzo del 2001, diciembre del 2002...* Pensé que aquella montaña de papeles acabaría por sepultarla.

Entonces sonó el móvil de la trabajadora social y ella se abalanzó sobre él

–Disculpe, será un minuto.

–No se preocupe.

–... ¿que ha empezado a vomitar? Intenta darle una cucharada de primperán ¿Y la fiebre? No, que no le pase de 38'5, sumérgelo ya en la bañera con agua tibia unos quince minutos y vuelve a ponerle el termómetro, llámame enseguida, que si tampoco le baja así la fiebre, pido permiso para salir y me lo llevo al pediatra de urgencias... sí, sí, al móvil.

Cuando colgó se quedó unos segundos mirando los papeles que se acumulaban sobre su mesa, como si no supiera bien qué hacer con ellos. Le echó una ojeada rápida a su reloj y entonces pareció acordarse de mí.

–La documentación entregada es la correcta, señora. La resolución se le notificará por correo en el plazo de un mes.

–¿No puede decirme nada más? Mi suegra está en cama desde que salió del hospital, ya no se vale por sí misma y apenas nos conoce. A mí me faltan solo tres meses para dar a luz. Mi marido trabaja doce horas al día y yo una jornada completa en el supermercado, no podemos permitirnos pagar a alguien que nos ayude, tenemos lo justo para cubrir gastos.

Me miró como si yo fuera una alumna atrasada y ella la profesora que tendría que explicarme por segunda

vez la lección, le echó otra ojeada a su reloj, volvió a fijarse en mi barriga y se apiadó de mí.

—Entiendo que su situación es apurada. Pero si se suman los ingresos de su marido, los suyos y la pensión de viudedad de su suegra, se supera el límite de renta para que se le conceda una ayuda a domicilio. Lo siento.

Entonces se me revolviéron de rabia las tripas y el bebé protestó y me pateó las costillas.

—Si nosotros superamos el límite de renta, ¿A quién demonios le conceden la ayuda a domicilio?

—Es cuestión de presupuesto, señora. Con la partida que el Ayuntamiento destina a *Asuntos Sociales* sólo alcanzamos a cubrir la atención domiciliaria de los casos más extremos.

Cuestión de presupuesto.

—Mariconadas.

Sentencí para mis adentros, como si de repente me hubiera crecido un bigote como el de Don Esteban, mientras atravesaba las calles en obras, camino del supermercado. Ya eran las diez menos veinte, me faltaban cinco minutos para fichar, si llegaba tarde me descontarían una hora del sueldo, pero no había forma de avanzar más deprisa. La ciudad entera estaba levantada, con las tripas fuera, como una de esas ciudades bombardeadas que salían en el telediario. Y ya llevaba meses así. Para las malditas obras sí que había presupuesto, pero no para quienes vivíamos situaciones apuradas, para nosotros sólo quedaba rellenar impresos y una carta certificada que tardaría un mes en llegar con un «*le notificamos que su solicitud ha sido denegada*». ¿Cómo lograría cuidar de Violeta, del bebé y de la casa? Sólo de pensarlo me

daban ganas de llorar.

—Mierda.

Sentí un retortijón muy fuerte y tuve que sujetarme a una valla, respiré hondo pero me vino otro retortijón más. Me faltaban unos cincuenta metros hasta la entrada de *Mercadona*, sólo cincuenta metros y estaría a salvo, pero lo mismo hubiera dado que faltaran cinco mil, un tercer retortijón me dobló por la mitad. No me atrevía a moverme y me quedé allí parada hasta que un obrero salió de una de aquellas zanjas y me ayudó a sentarme en un portal.

—Tranquila, señora. Mi compañero ya está llamando al 112, enseguida vendrá una ambulancia.

El bebé estaba bien. Se oía latir su corazón como una ametralladora mientras el monitor marcaba 123, 135, 140... en una pantalla y él pataleaba bajo el cinturón que me habían ajustado alrededor de la barriga. Ya hacía una hora que me habían inyectado una medicación en el suero para parar las contracciones y ya no sentía dolor, sólo una especie de calambres muy ligeros. La doctora había ordenado:

—Se quedará ingresada y en reposo en cama.

Y yo me había sonreído, a punto estuve de preguntarle que quién se ocuparía entonces de Violeta, de la compra, de la cocina, de las lavadoras; pero solo dije:

—¿Cuánto tiempo?

—El que haga falta —la doctora llevaba el pelo corto con mechass rubias y las ojeras disimuladas bajo el maquillaje—. Se quedará hasta que su hija esté madura, sus pulmones funcionen bien y pueda nacer sin que se produzcan complicaciones.

Entonces había sonado el busca de la doctora, la reclamaban en otro lugar del hospital y se marchó a toda prisa. Había dicho mi hija, lo había escuchado bien. Mi hija, fui repitiéndome para mí misma mientras la celadora empujaba mi camilla en el interior del ascensor que me subiría a la planta de obstetricia. Mi niña, mi pequeña, aquella futbolista que no paraba de patearme las costillas con sus piecitos. Me acaricié la barriga para tranquilizarla y le fui susurrando que tenía que esperar dentro de mí, unas semanas más, hasta que estuviera lista. Que las dos íbamos a soportar aquella espera, que yo también me quedaría quieta, en la cama, el tiempo que hiciera falta.

—Es una niña.

Le dije a Ramón a la mañana siguiente, en cuanto abrí los ojos y me encontré con los suyos. Estaba sentado en un sillón de skay con la tapicería rajada, frente a mi cama. Y sonrió, esta vez con una sonrisa entera, como aliviado de que el bebé fuera niña, porque así no tendría que hacerse el duro, ni dejarse bigote como su padre, ni repetir nunca más:

—Mariconadas.

Entonces entró la enfermera para informarnos de que en diez minutos vendrían a buscarme para hacerme una ecografía, mi marido tendría que esperar afuera.

—Volveré a la tarde, después del trabajo.

—¿Cómo vas a arreglártelas con Violeta? No nos han concedido la ayuda a domicilio.

—No lo sé. Le pediré a Sara que nos eche una mano o llamaré a mi hermana para que se lleve unos días a mi madre a su casa. No te preocupes, saldremos de ésta.

Cuando se levantó sus hombros se habían inclinado aún más hacia delante, como si en ellos cargara ahora también el peso de Violeta, de la casa, de la plancha, de las lavadoras. Un peso que ya no descansaría únicamente sobre mí, lo que sí me pesaban y mucho eran los párpados. Cerré los ojos y, antes de quedarme dormida, sentí a Ramón inclinarse sobre mi almohada y luego su aliento en mi piel cuando por fin me besó suave en la nuca antes de marcharse.

**ACTA DEL FALLO DEL JURADO
VII CERTAMEN DE RELATOS BREVES
«MUJERES»**

Reunido el Jurado del VII Certamen de Relatos Breves «Mujeres», el día veinte de noviembre de dos mil seis, a las veinte horas y treinta minutos en la Calle Viera y Clavijo nº 38, presidido por D^a M^a Isabel Oñate Muñoz, actuando como vocales D^a M^a Dolores García Padrón, D^a M^a Teresa González Pérez, D^a M^a Teresa Castañeda Fuentes y D^a M^a del Cristo Martín Francisco, y como secretaria D^a Electra Bermúdez de la Cruz, quieren hacer constar lo siguiente:

Tras una cuidadosa deliberación y por UNANIMIDAD, acuerdan conceder los siguientes premios:

Primer Accésit de publicación:

Título: «Aplausos»

Autora: María Aguirre Fernandez-Lascoiti.

Segundo Accésit de publicación:

Título: «Páginas de contacto»

Autora: Carmen Frontera Quiroga

Tercer Accésit de publicación:

Título: «La transferencia»

Autora: Clara Isabel Aranega Pérez.

Accésit a la autora local:

Título: «Cuestión de presupuesto»

Autora: Carmen de la Rosa Moro

PRIMER PREMIO:

Título: «Los hombros de las mujeres serán de hueso»

Autora: M^a Esperanza Jorge Barbuzano.

Y siendo las veintitrés horas y treinta minutos del día veinte de noviembre de 2006, se levanta la sesión de todo lo cual, como Secretaria, doy fe.

(firmado, sellado y rubricado)



Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife



AYUNTAMIENTO
SANTA CRUZ DE TENERIFE